



## Aviso Legal

### Artículo de divulgación

Título de la obra: América Latina más allá de sus antinomias

Autor: Aínsa, Fernando

Forma sugerida de citar: Aínsa, F. (1992). América Latina más allá de sus antinomias. *Cuadernos Americanos*, 2(32), 33-48.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año VI, núm. 32, (marzo-abril de 1992).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

## AMÉRICA LATINA MÁS ALLÁ DE SUS ANTINOMIAS

Por *Fernando AINSA*  
UNESCO

DESDE LAS CARTAS DE CRISTÓBAL COLÓN y las primeras Crónicas y Relaciones sobre el Nuevo Mundo a los ensayistas y escritores de nuestros días, América se ha definido como un continente de extremos y desmesuras, de realidades polarizadas en antinomias irreductibles, con una historia hecha de tensiones, choques y rupturas y con una sociedad edificada sobre desigualdades y asimetrías. Mundo sin matices ni términos medios, donde las contradicciones se superponen y no se resuelven, América acumula experiencias fragmentadas y traumáticas, lejos de toda evolución histórica gradual y sin sobresaltos.

Las imágenes y las representaciones de lo americano se forjan, por lo tanto, con base en dicotomías surgidas de la oposición de sus signos esenciales: lo rural y lo urbano, la barbarie y la civilización, lo nativo y lo foráneo, el arraigo y la evasión, la bucólica arcadia y la caótica violencia, la pobreza crítica y la riqueza ostentosa, el obtuso conservatismo y la revolución voluntarista. América defiende con celo sus particularismos al mismo tiempo que sus realidades son cada vez más interdependientes; aspira a la unidad continental, por un lado, y exalta reivindicaciones nacionalistas por el otro. Sus artes oscilan entre la tradición y la modernidad y su literatura recorre la gama del crudo realismo a lo fantástico. No es extraño, entonces, que lo “real maravilloso” y el “realismo mágico” sirvan para sostener con convicción que todo —desde el absurdo al delirio, desde el infierno al paraíso— es posible en América.

Los intentos por definir la *identidad* iberoamericana, lo que otros han llamado “idiosincrasia”, *ser* o *idea* de América, pasan a través de las opciones que estas antinomias conllevan —la del signo extremo que participa y se sostiene gracias a su contrario— y polarizan en forma ineludible todos los discursos, desde el económico hasta el artístico, pasando por el político y el social.

Sin embargo, aunque las antinomias existentes no parezcan superables en el contexto económico y social actual, es necesario preguntarse —en el marco que brinda una reflexión sobre el “después de 1992” — si no es hora de imaginar y proyectar una América Latina que pudiera estar efectivamente “más allá de sus antinomias”. No otro es el propósito de nuestra intervención en esta reunión.

### *I. De lo autóctono a lo universal*

El movimiento centrípeto y el movimiento centrífugo

Los caracteres que hacen una y diversa la identidad cultural latinoamericana forman parte de una historia de creatividad fundadora de culturas nuevas, distintas y en permanente transformación, pero sobre todo cruzadas por antinomias y dualismos que se estructuran alrededor de dos parejas de opuestos básicas: *centro-periferia* (espacio) y *tradición-modernidad* (tiempo). Éstos son los ejes —*espacio* y *tiempo*— que configuran los puntos de partida de una serie de dicotomías, relacionadas dialécticamente entre sí y con referentes históricos (tiempo) y geográficos (espacio) fácilmente reconocibles.

En realidad, buena parte de las antinomias americanas se origina en un doble movimiento: el *centrípeto* de repliegue y aislacionismo y el *centrífugo* de apertura a influencias, verdadera diástole y sístole de una historia hecha de superposición y oscilación pendular entre extremos y de la cual parece desterrada toda evolución gradual.

1. Para el primero —el *movimiento centrípeto*— el arraigo y la autenticidad se preservan en el interior secreto de América y en el pasado arcaico recordado con nostalgia, tal como sucede con las civilizaciones indígenas prehispánicas a las que se idealiza retroactivamente. Formas de vida sencillas y expresiones autárquicas, exógenas y bien diferenciadas, tanto en lo étnico como en lo cultural, se reivindicaban como las únicas válidas en un mundo amenazado de aculturación y homogeneización.

Toda visión prospectiva se tiñe inevitablemente con valores del pasado, dando la impresión de que en América Latina tenemos dificultad para imaginar un futuro que no sea una reactualización de un pasado que probablemente no existió tal como lo imaginamos. Es evidente que en muchos de los planteos críticos de la situación del presente —especialmente en los relacionados con el mundo rural e indígena o con los problemas del medio ambiente— existe una

contradicción que no hemos resuelto entre las visiones prospectivas, muchas veces pretendidamente actuales, cuando no revolucionarias, y la idealización rememorativa del pasado.

Desde este punto de vista —el del movimiento centrípeto— el examen de la historia de las ideas y de los movimientos artístico-literarios permite rastrear una terminología que ha insistido en “reivindicar nuestro pasado”, “fomentar valores propios”, “buscar la autenticidad”, “combatir las ideas foráneas”, “evitar la alienación”, “ser fieles a nosotros mismos” y, más recientemente, denunciando la desculturación, todas ellas expresiones de la preocupación por una identidad amenazada por las tendencias uniformizadoras del mundo exterior. Así se han sucedido planteos y teorías alrededor del “ser americano”, la “idea de América”, la “americanidad”, la “conciencia nacional”, la “expresión” y “originalidad americana”, de nociones como “idiosincrasia”, “nativismo”, “autoctonía”, “peculiaridad”, conceptualizaciones que reflejan problemas de escala local, nacional o regional, es decir que van de lo *micro* a lo *macro-cultural*.

2. Para el segundo —el *movimiento centrífugo*— la identidad americana es el resultado inevitable de un juego de reflejos entre el Viejo Mundo (o si se prefiere la llamada “cultura occidental”) y el Nuevo, espejos que se reenvían signos, imágenes, símbolos y mitos de todo tipo. América es el resultado de aluviones inmigratorios, de un variado y profundo mestizaje y de una transculturación abierta a influencias y culturas. Aceptar una modernización impulsada desde el exterior es la única forma de entablar en forma fructífera el necesario diálogo intercultural entre Europa y América, se sostiene.

América Latina —como ha señalado Leopoldo Zea— tiene un doble pasado, una doble herencia: la propia y la de Europa. De ahí buena parte de la problemática identitaria agudizada, dualidad ambivalente que se pretende erradicar por la simple eliminación de uno de los componentes antagónicos, negando al mestizaje su virtud primordial y reduciéndolo a su carácter bastardo, vergonzante por lo que se cree su ilegitimidad.<sup>1</sup> Por lo tanto, América no

<sup>1</sup> Al respecto, escribe Zea: “La mestización de hombres y culturas al surgir dentro de la relación de dependencia hace de ello un engendro rechazado tanto por el dominador como por el dominado. Hacer del engendro una criatura como una expresión más del hombre y por ello legítima, ha sido preocupación de los latinoamericanos empeñados en definir su propia identidad”. Cfr. Leopoldo Zea, *Nuestra América*, Revista de Occidente, Madrid, p. 129.

puede prescindir de su doble pasado y su doble herencia: la propia y la de Europa, lo que es justamente su especificidad y el origen de buena parte de sus antinomias no resueltas. Alienada, cuando no excéntrica a la propia realidad del “país interior”, la identidad centrífuga resultante es plural y su diversidad la mejor expresión y resumen del mosaico étnico y cultural del mundo.

La mayoría de las expresiones culturales americanas refleja estos movimientos centrípeto y centrífugo, cuyos paradigmas literarios son las novelas *Los pasos perdidos* de Alejo Carpentier para el centrípeto y *Rayuela* de Julio Cortázar para el centrífugo.<sup>2</sup> Al mismo tiempo, se reconocen fácilmente en los términos antinómicos de la geografía americana, cuyas realidades sociales y culturales, cuando no políticas, se enfrentan más allá de la distancia medible en kilómetros que pueda separar una gran urbe moderna de campos, desiertos o selvas. La “distancia” cultural puede ser enorme, en todo caso traduce siempre una intensa, cuando no violenta, oposición.

#### Centro y periferia de la representación identitaria

En efecto, las antinomias latinoamericanas se originan en buena parte en el dualismo geográfico:

campo (mundo rural) ↔ ciudad (mundo urbano)

Los valores inherentes a la sociedad rural se oponen a los de la sociedad urbana, el *interior* —el “país invisible” de que hablaba Eduardo Mallea— a la *ciudadpuerto* abierta al resto del mundo y sus influencias. Esta antinomia refleja una identidad rural, que se pretende realista y arraigada, pero “bárbara”, frente a una identidad urbana naturalmente “escapista” y sometida a todo tipo de influencias externas, pero representativa de los sectores urbanos emergentes y a los que se pretende portadores de la civilización (según unos) o de perniciosas “ideas foráneas” (según otros). En realidad, la antinomia geográfica simplificada en la oposición campo-ciudad, ruralidad y urbanismo, traduce la más general del nacionalismo opuesto al internazionalismo y el del pasatismo

<sup>2</sup> Hemos desarrollado el tema de los movimientos centrífugo y centrípeto en la significación literaria del espacio americano en nuestra obra *Los buscadores de la utopía*, Monte Ávila, Caracas, 1977, y el de los signos identitarios en *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa*, Madrid, Gredos, 1986.

(tradicón) frente a la modernidad (innovación), parejas que se sintetizan en otra antinomia:

carácter autóctono ↔ carácter universal

Así, un sector prioritario del discurso americano reivindica una identidad basada en la búsqueda de una imagen de ella misma que comienza en los propios orígenes (autoctonía). Lo autóctono —se dice— es el único medio de impedir la alienación, la aculturación de lo auténtico, de lo “propio” amenazado. Pero al mismo tiempo, esta invocación al pasado supone el rechazo de culturas ajenas y de nuevos contactos, el temor al inevitable mestizaje que caracteriza lo americano y que puede abrir las puertas al *chauvinismo* y cerrado nacionalismo. La especificidad es, entonces, anacrónica, simplificadora (si no abiertamente conservadora) en su idealización del “mundo primitivo”.

Ante esta realidad, generadora de contradicciones, no es extraño que en literatura toda vanguardia se haya identificado como un fenómeno ciudadano, y que el regionalismo conserve su vigencia en la medida que existe el subdesarrollo rural o como forma nostálgica de devolver al arte un sustrato telúrico, referentes míticos de enraizamiento y comunión con la naturaleza que están directamente ligados al grado de ruralización o de urbanización de cada área cultural. Pasatismo y “futurismo” aparecen así íntimamente vinculados con las diferencias que existen entre sociedades agrarias, con estructura inmóvil, poco desarrolladas y ajenas al “culto del cambio” y las urbanas, más diversificadas étnica y socialmente, mediana o altamente industrializadas y proclives al intercambio, la “moda” y las influencias.<sup>3</sup>

Aquí también la antinomia genera enfrentamientos. La opción —como ha señalado Carlos Fuentes— se plantea en términos de un “provincianismo de fondo y un anacronismo de forma”, para unos, y en la imitación de estilos y temas de vanguardia para otros. El creador, el intelectual en general, se debate entre estas dos visiones en conflicto y las polémicas del ensayo y la crítica han girado obsesivamente alrededor de nociones como *tradicón* y *novedad*, *continuidad* y *ruptura*, *integración* y *cambio*, *evolución* y *revolución*, *evasión*

<sup>3</sup> Sobre el tema véase Fernando Ainsa, “Problemática de la identidad en el discurso narrativo latinoamericano”, en *Cuadernos Americanos*, núm. 22, México (1990), pp. 49-67.

y *arraigo*, apertura hacia otras culturas o repliegue aislacionista y defensivo sobre sí misma. Asociaciones conceptuales de este tipo suponen en el plano cultural —y en una aproximación simplista al problema— que lo auténtico americano es inherente a lo indígena, a lo nativo y a formas de nacionalismo que puede asumir formas radicales e intransigentes. Por el contrario, lo foráneo, asimilado al universalismo, está en la base del desarraigo y la evasión, la alienación, el ‘mal de Europa’ de que hablaba Manuel Gálvez.

Esta relación llena de tensiones opone las culturas *centrales* a las *periféricas* (excéntricas) y se traduce en la penetración de las culturas periféricas por las metropolitanas, asimilación que si es deseable y necesaria para unos, resulta excesivamente tributaria y dependiente para otros. Porque todo término antinómico provoca reacciones positivas o negativas según el punto de vista político, estético o ideológico asumido y según los momentos históricos, muchas veces vividos como isócronos con relación a Europa o entre los propios países americanos.

Esta caracterización positiva o negativa de los signos antinómicos según escuelas o ideologías resulta evidente en los juicios que genera el ‘encuentro’ entre indígenas y españoles, debate que —tras 500 años— sigue abierto y candente y que se extiende, con escasas variantes desde la conquista, la colonia, la independencia y buena parte del siglo XIX hasta nuestros días.

### Males americanos y visión conspirativa de la historia

A partir de las oposiciones y desgarramientos que reflejan estas antinomias se inventarían buena parte de los llamados ‘males americanos’ con que unos y otros dicotomizan la identidad de la región. Como ha escrito Abelardo Villegas:

Muchos autores han señalado que en la sociedad latinoamericana conviven grupos sociales correspondientes a todos los grados de la evolución humana. Difícilmente puede señalarse con precisión en qué etapa de la civilización occidental se encuentra la sociedad latinoamericana.

En Latinoamérica lo que se ha acumulado son las puras contradicciones irresolutas, contradicciones anacrónicas por presentarse en un tiempo que no es el suyo.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> Abelardo Villegas, *Reformismo y revolución en el pensamiento latinoamericano*, México, Siglo XXI, 1972, p. 16.



Las invariantes americanas, cuyos males enumera por su parte Ezequiel Martínez Estrada, son lo colonial, lo indígena, lo gauchesco, lo "aluvial", "coágulos inasimilados que se tratan de ocultar". Con la importación de elementos de otros sistemas culturales, que llegan a través de la escuela, la inmigración, el capital extranjero, el fomento económico, nuevas artes y técnicas, se trata de "exorcizar esos lastres malignos". En la medida en que los sistemas importados carecen "de espíritu", se generan nuevos males: "una barbarie corrompida por la cultura; una cultura pegadiza y bastarda".

Es evidente que el pensamiento americano de raíz liberal positivista y evolucionista ha tenido dificultades para entender el intenso proceso de "transculturación" y "aculturación" creado en América, especialmente a partir del aluvión inmigratorio, entre los años 1880-1920.

Se ha hablado así de:

1. *Rémoras raciales*. originadas por la heterogeneidad del aporte étnico y las desarmonías consiguientes derivadas de cada uno de los grandes aportes: negros, indios, mestizos y la diversidad de la inmigración, generalmente la más ignorante y pobre de Europa, proveniente del sur de Italia, España o del Levante mediterráneo. La bibliografía sobre el tema abunda. Basta mencionar *El porvenir de las naciones hispanoamericanas* (1899), de Francisco Bulnes, *Pueblo enfermo* (1903) de Alcides Arguedas, los ensayos de César Zumeta, *Continente enfermo* (1899), o Carlos Octavio Bunge y su discutida *Nuestra América* (1903), aunque el debate ya estaba planteado en los ensayos de Domingo Faustino Sarmiento y de Juan Bautista Alberdi y en la propia evolución de un pensamiento que favoreció inicialmente la inmigración y luego fue temeroso de sus efectos.

2. *Dificultades de comunicación* y asentamientos humanos, inherentes a un continente que se considera geográficamente violento y aislado en sus selvas, desiertos, marismas y montañas inaccesibles, a diferencia de las planicies de América del Norte o de la geografía "domesticada" de Europa y sus paisajes armónicos y "significados" culturalmente desde el pensamiento clásico hasta nuestros días.

3. *Contradicciones sociales*: la barbarie nativa en lucha contra la civilización europea; la Iglesia aliada con el atraso feudal y las supersticiones indígenas; la herencia española y católica que resultaron en definitiva las rémoras que se opondrían a una América inflamada de positivismo, evolucionismo y racionalismo científico.

La dialéctica histórica de la identidad cultural latinoamericana se nutre de este movimiento polarizado. En efecto, las intensas influencias exteriores han llevado a que en América Latina se desarrollara una visión conspirativa de la historia: de la Leyenda Negra al imperialismo cultural, del colonialismo al neo-colonialismo, de la alienación al consumismo, la lista de culpas de los *otros* (“demás” que incluyen desde los españoles de la conquista hasta los *yanquis* de la actualidad) es amplia y cargada de reproches mutuos.

América Latina —se dice— habría sido objeto de una “conjura”. La aculturación que ha padecido América se interpreta como una forma de dependencia que tiene no sólo sus culpables directos en el exterior, sino también agentes colaboracionistas en el interior de los países. El fenómeno que en México se llama *malinchismo*, es también el de las “oligarquías locales” y el de la “burguesía aliada al capital internacional” manejado en el discurso antiimperialista tradicional. Son los *vendepatrias*, *cipayos*, *gusanos* para unos, los “idiotas útiles” para otros y en la medida en que una cierta clase ilustrada vive pendiente del mimetismo cultural, puede transformarse en los *rastacueros*, *trasplantados* y la fauna de “aborígenes” americanos que viajan por Europa y Estados Unidos admirados y boquiabiertos.

“Conoceremos la historia para poder maldecirla”, escribió Francisco Bilbao en *Evangelio americano*, enumerando los “males importados por la cultura hispánica”: el fanatismo, el despotismo, la ignorancia. A ellos se le sumarían, a partir del *Ariel* (1990) de José Enrique Rodó, los “males” del materialista y pragmático mundo sajón, forjadores de la antinomia irreconciliable entre Ariel y Calibán.

Pese a que las culpas ajenas han cambiado de destinatario a lo largo de los años, siguen alimentando la teoría conspirativa de la historia que tiene a América por centro de una conjura contra su integridad, maldición que habría empezado con el inesperado “tropezón” de Cristóbal Colón con un continente cruzado en su camino hacia las verdaderas y nunca encontradas Indias.

## II. Integración cultural en la libertad

El pasado es lo que fue y no podrá ser rehecho

A casi 500 años del “encuentro”, parece necesario imaginar para el Nuevo Mundo un destino más auspicioso que las simples reivindi-

caciones retroactivas y el inventario de “culpables” de males americanos. El futuro merece algo más que una recapitulación de agravios y reproches en el juicio retroactivo de la historia que la mera evocación de las fechas 1492-1992 inspira inevitablemente. No hay interés en seguir levantando “tribunales de la historia”, aunque hasta ahora las visiones sean encontradas y no necesariamente de “encuentro” (valga el juego de palabras) sobre la verdadera naturaleza de las relaciones de América con los países europeos, especialmente España y Portugal. El indigenismo y el hispanismo —en que radical y tradicionalmente se polarizan— la traducen en buena medida, aunque otros signos en la actualidad parezcan desmentirla, ya que 500 años de historia compartida en tantos campos parecen suficientes para proyectar los desafíos del porvenir con otra disposición.

Lo que parece evidente es que la historia debe ser asimilada de una vez por todas para dejar de mantener abiertas las heridas de sus episodios más tristes o crueles. Asimilada para superar con madurez las visiones reductoras y empobrecedoras de la realidad con que determinados pueblos —pienso concretamente en los países “aluvionales” del Río de la Plata— insisten en prescindir de los últimos 500 años de su historia para abrazar la causa de un indigenismo, muchas veces ideologizado e irrealista, que en su “purismo” olvida que las sociedades no son nunca estáticas y, sobre todo, prescinden de lo más importante de la realidad del Cono Sur: a riqueza de su pluralismo, el mestizaje étnico y cultural (y cuando ligo mestizaje étnico hay que incluir el propio mestizaje entre los inmigrantes que provienen de horizontes muy diversos en ciudades como Buenos Aires o Montevideo), su diversidad, su carácter pluricultural. Como se sostiene en el documento de la UNESCO, *Identidad cultural y desarrollo*, presentado en la Cumbre Iberoamericana de Guadalajara:

De nada sirve lamentarse por el pasado, porque el pasado es lo que fue y no podrá ser rehecho. Sin embargo, el futuro puede ser modelado a la medida de la dignidad humana. La diversidad de la identidad americana anuncia proyectos originales e imaginativos en su nombre. La imaginación puede ser más importante que el conocimiento cuando invita a las reformas radicales que son indispensables para reducir progresivamente las actuales disparidades y adaptarse al nuevo escenario internacional. Escenario de un mañana más justo en el que ya no haya espectadores. En el que todos sean actores de las transfor-

maciones en favor de la libertad y de la paz. Esta tarea compartida es nuestro reto común y nuestra esperanza.<sup>5</sup>

Para ello “se requieren nuevos modelos”,<sup>6</sup> que deben proyectarse a partir de la propia realidad cultural de la región hecha de su rico pasado, su dinámico y áspero presente y el futuro en el que se depositan tantas esperanzas.

### Los parámetros actuales de desigualdad y crisis

Sin embargo, los signos auspiciosos que se pueden señalar en lo cultural no deben llevar a ocultar la realidad económica y social que se vive en el continente, porque es evidente que bajo el impacto de la crisis global que afecta a los países en vías de desarrollo, las limitaciones y carencias de la región se han acentuado. A los factores seculares adversos—y sin caer en la visión conspirativa de los males americanos ya denunciada— se agregan nuevos factores derivados de la aplicación de programas de ajuste económico, revelándose la persistencia y la ampliación de profundas desigualdades sociales, expresadas en los exacerbados contrastes entre el empobrecimiento crítico de una gran parte de la población y la concentración de riqueza en grupos minoritarios.

Dos preocupaciones económicas esenciales —la deuda externa y la justa remuneración de las materias primas básicas— cruzan horizontalmente estos temas, condicionan las medidas y las urgencias, y establecen prioridades a corto plazo que impiden proyectar las necesarias de “larga duración”. A ello se suma la existencia de una verdadera “deuda social interna” en los países, donde las desigualdades sociales y económicas condenan a vastos sectores de la población a situaciones extremas de pobreza crítica, con todos sus efectos de marginación y de privaciones a nivel de supervivencia de los servicios básicos como agua, transporte, educación, alimentación, salud, etcétera...

La pobreza crítica se ha concentrado en las poblaciones indígenas naturalmente marginadas de todo proceso de desarrollo; en la población rural localizada en las zonas menos desarrolladas donde hay carencias nutritivas, de salud y educación y donde existe una

<sup>5</sup> Documento presentado a la Primera Cumbre Iberoamericana, Guadalajara, México, julio de 1991.

<sup>6</sup> Declaración de México en la Conferencia Mundial de las Políticas Culturales (MUNDIACULT) de 1982 organizada por la UNESCO.

discriminación en la aplicación de las políticas sociales nacionales; y en los suburbios de las ciudades donde se multiplican las construcciones "espontáneas" y se agravan los problemas de analfabetismo, deserción escolar y marginación cultural.

Con este panorama, ¿cómo se puede hablar de superar las antinomias existentes?; ¿cómo ser honestamente optimista?

Creemos que, pese a estas interrogantes, es posible imaginar una América Latina "más allá de sus antinomias". Los signos que la anuncian son múltiples, incluso en el terreno de los extremos más flagrantes de lo económico y social. A nuestro juicio, merecen subrayarse los siguientes:

1. En su conjunto, los países de la región atraviesan un período caracterizado por dos procesos fundamentales: la transformación productiva para iniciar o recuperar la senda del crecimiento económico y la democratización política para asegurar la participación ciudadana. El voluntarismo providencialista de las décadas pasadas o el fatalismo frente a las dificultades percibidas como algo inevitable dan paso a una acción concertada y gradual de donde se destierran las concepciones totalizantes y exclusivas de la sociedad. Ello supone que los enfrentamientos y exclusiones de antaño ceden a la conciencia de la necesidad de una mayor solidaridad entre grupos diversos de la sociedad, donde los grandes sistemas ideológicos ya no sirven para explicar los tiempos actuales. Si los paradigmas académicos parecen agotados, las preguntas frescas e innovadoras tienen que salir de lo real. Nada mejor, pues, que propiciar nuevas modalidades que permitan su libre y espontánea expresión.

No obstante la existencia de importantes diferencias entre los países, lo peculiar de este momento histórico es que la equidad social y la democracia política han comenzado a ser concebidos como condiciones necesarias para garantizar la continuidad del proceso de crecimiento económico, de la misma manera que el crecimiento económico es percibido como condición imprescindible para el mantenimiento de la democracia política y el desarrollo cultural. Estos cambios en la manera de interpretar la articulación entre democracia, equidad, crecimiento y desarrollo cultural reflejan cambios en la visión antinómica tradicional de la realidad americana donde todo contrario era sistemáticamente excluido.

2. En casi todas las regiones del planeta, especialmente en América Latina y Europa, la vida pública ha emprendido la transición hacia formas políticas y económicas que restituyen la responsabilidad, la iniciativa y las decisiones al conjunto de los actores sociales. Intelectuales, políticos y simples ciudadanos perciben en las

formas que asume la democracia moderna y más allá de los principios de soberanía popular, la necesidad de generalizar prácticas políticas plurales, solidarias y participativas, donde derechos humanos y libertades cívicas son, de consuno, fundamento ético del consenso colectivo.

Concluidos afortunadamente períodos autoritarios en que la expresión de los rasgos culturales de las minorías se hallaba silenciada e intolerables discriminaciones consentidas, ha llegado el momento de abordar con un enfoque solidario y abierto el gran problema de nuevos "encuentros", los que propone el desafío del "después de 1992". Porque los "encuentros", felizmente, no han terminado. Son los "encuentros" de cada día entre quienes negaban o aniquilaban al *otro*, es decir, a una parte de sí mismos, "encuentros en cadena" del mundo de hoy que prolongan los inaugurados hace quinientos años.

Porque debe recordarse que los cambios políticos se producen más fácilmente que los culturales. Sin embargo, en el entusiasmo inicial de nuevas estructuras políticas inauguradas con ilusión y esperanza se olvida muchas veces que las transformaciones culturales son más lentas y complejas. Costumbres, hábitos, prejuicios y tradiciones paralizan en la práctica muchas iniciativas. De ahí la importancia que tiene la construcción de una cultura democrática que acompañe al proceso político. Porque, en definitiva, son los cambios culturales los únicos que pueden dar permanencia y consistencia a los cambios políticos, ya que la consolidación de las sociedades democráticas pluralistas y abiertas sólo será posible si se acompaña de una verdadera cultura democrática. Esta sociedad civil más compleja y diferenciada interpela desde el porvenir, no para instaurar un "nuevo orden", sino para contribuir a una "nueva legitimidad" basada en la libertad, la participación, la equidad.

3. En un mundo en que los bloques políticos e ideológicos están siendo rápidamente sustituidos por bloque económicos que enmarcan una gran diversidad cultural y reivindicaciones nacionalista de todo tipo, es evidente que, si el destino económico de América es su integración en un bloque hemisférico que vaya de Alaska a Tierra del Fuego, tal como se anuncia, la integración cultural debe pasar —más que nunca— por los vínculos de América con el mundo ibérico, latino y europeo, incluso con la "gran Europa" que se proyecta en el horizonte.

La mayor gravitación de Estados Unidos en América Latina que la integración económica supone debe contrabalancearse con

la multiplicación de puentes culturales entre los países latinoamericanos y entre éstos y los europeos y con el resto del mundo. A los procesos de integración económica, educativa o científica deben seguir otros en el plano cultural, como la libre circulación de bienes y servicios culturales y la creación de circuitos para la cultura a nivel continental e internacional. La unidad económica necesita de una dimensión cultural más amplia.

4. América Latina debe aprovechar el fin de la división ideológica del mundo en bloques, no para cerrarse y aislarse o alinearse frívolamente en un consumismo internacionalista, sino para abrirse al resto del mundo, cada vez más interdependiente. La defensa de la identidad cultural de cada nación —como señala la ‘‘Carta de México sobre la Unidad e Integración Cultural Latinoamericana y Caribeña adoptada en septiembre de 1990— reclama un diálogo continuo con otras culturas. La originalidad de las culturas nacionales supone la condición de ser universal y su inscripción en las transformaciones del mundo moderno. Como sostiene el documento de la UNESCO: ‘‘De ahí, nuestro propósito de multiplicar los intercambios culturales, sobre todo en aquellas regiones con las que nos unen historias y tradiciones afines’’.

5. El diálogo intercultural y la convivencia interétnica constituyen, en un mundo cada vez más mestizo, la base de una sociedad auténtica y pluricultural y capaz de integrar eficazmente sus diversos componentes. Esta capacidad de integración ya está presente en el período de la conquista y dominación ibérica. Aunque generada por la resistencia de las culturas locales al ocupante —especialmente las que tenían una mayor organización socio-política— la integración de diferentes componentes culturales caracteriza la civilización iberoamericana desde sus orígenes. Basta pensar en las expresiones del barroco, en cuya originalidad son esenciales los componentes artísticos indígenas. Algo similar ocurre en la rica polifonía actual de las artes, la música y las letras del continente donde, sin dejar de estar profundamente enraizadas en la variedad antropológica y cultural de la región, se reconocen símbolos, influencias y referencias de otras expresiones culturales del mundo.

El mestizaje de razas y culturas es una lección que da América al mundo al haber convertido el continente en un crisol donde se anuncia el único futuro posible para el resto de la humanidad: la convivencia en paz y sobre un mismo territorio, en una misma ciudad, de pueblos y hombres provenientes de horizontes muy diver-

sos. Basta ver lo que sucede en este momento. Iberoamérica anuncia al mundo cuál va a ser su futuro, porque el porvenir del saber —como el del propio mundo— es mestizo, progresivamente mestizo, y en él todas las voces, todos los signos y símbolos, todas las músicas, todas las culturas se entrecruzan, se mezclan, dando una prueba palmaria de la amplitud creciente de la complejidad de lo real.

6. Tanto para lo mejor como para lo peor, América Latina se presenta como un espacio cada vez más interdependiente y unificado. Innumerables redes de comunicación se han tejido a escala del continente, vínculos inevitables se han anudado entre la región y el resto del mundo, formas de relación cada vez más complejas se han gestado en todos los niveles. Los intercambios de ideas y de personas, de bienes y de recurso no cesan de aumentar. Esta evolución conlleva una ambivalencia esencial: por una parte ofrece oportunidades crecientes para la apertura intelectual y los acercamientos mutuos y, por otra, multiplica los peligros de uniformización y alienación cultural. Pero en cualquiera de los casos, el proceso parece inevitable. Un aislamiento excesivo en lo cultural resultaría fatal y acrecentaría, aún más, la dependencia económica del modelo norteamericano.

Se trata —en todos los casos— de pensar los problemas globalmente y actuar regional o localmente, porque muchas respuestas nacionales a problemas de carácter mundial (medio ambiente, por ejemplo) deben ser endógenas, internas, respuestas de los habitantes de la región a los que concierne en forma prioritaria el problema.

De ahí la importancia de imaginar una América Latina “más allá de sus antinomias”, es decir, en la perspectiva de la convivencia de las diferentes culturas que constituyen la riqueza y diversidad de su identidad, incluidos sus pueblos de cultura originaria. La reflexión sobre el destino de los pueblos de cultura originaria —que han mantenido a través de los siglos conciencia de su identidad étnica y lingüística y reivindican derechos propios de la tierra ancestral donde viven con sus tradiciones— deben subrayarse en el marco de la necesaria superación de las antinomias en el futuro.

### La unión de los complementarios

Hoy puede afirmarse que al ignorarse mutuamente y al pretender excluirse, los planteos culturales antinómicos del pasado han ampu-



tado partes esenciales de lo que podría haber sido un proyecto global de identidad latinoamericana.

Ahora es posible imaginar una profunda unidad a partir de la "superación de los opuestos" o por "la unión de los complementarios", una verdadera *coincidentia oppositorum* que permita comprender cómo la identidad cultural puede ser simultáneamente *universal* (común patrimonio de todos los hombres y todos los pueblos, de toda la historia de la humanidad) y *única* (en su expresión original, propia de un pueblo o una colectividad); el hombre, ser histórico, reconciliado finalmente con el hombre esencial. En este reconocimiento lo que resulta interesante subrayar es la diversidad y el pluralismo que caracterizan la convivencia de elementos heterogéneos y cuya revalorización se da a menudo en niveles contrastados.

Este abierto universalismo que no ha temido influencias de ningún tipo ha podido darse al mismo tiempo que se ha producido una intensa revaloración de las fuentes originales de la cultura americana. Olvidadas tradiciones y mitos de profundas raíces han sido recuperados y en este rescate se han identificado sin esfuerzo los signos que unen la propia historia cultural con las fuentes de la llamada cultura occidental, las judeo-cristianas, latinas y griegas. La nacionalización y americanización de mitos, símbolos, *leitmotiv*, imágenes que parecían exclusivas de la cultura europea, constituye, tal vez, una de las características más apasionantes de las expresiones artísticas latinoamericanas contemporáneas. Finalmente, modernidad y tradición no son nociones tan excluyentes como se cree, ya que los elementos de todo orden tradicional —por muy arcaico que sea— se reagrupan y mezclan con todo indicio o elemento innovador para producir un orden nuevo, donde se perpetúan con variantes una forma de la tradición. Ajustes de supervivencia y continuidad cuyos signos pueden rastrearse en toda sociedad tradicional.

Resulta, pues, importante, descubrir no solamente lo distintivo de las identidades culturales en que se expresa lo latinoamericano según los países, las zonas, los momentos históricos, sino destacar el estrato fundacional que le es común y las constantes de una problemática y sus modalidades expresivas —artística, filosófica, sociológica, ideológica, política y aun económica— que los pueblos han tratado y realizado en distinta medida, al reconocerse en un *ethos* cultural común: lo que pueden ser sus paradigmas más explícitos en vísperas del tercer milenio.

Y, no sin cierto asombro, se descubre desde esta perspectiva que una visión universal del ser americano no pasa necesariamente por las categorías clásicas de la llamada cultura occidental. Sin reivindicarlo en forma explícita y sin hacer de ello una plataforma programática, América se podrá sentir, por fin, dueña de su propia identidad, es decir, de su esperada madurez histórica.